

contra la roca *caciquil*, que monopoliza y embota el rayo de nuestra existencia.

Cuando nuevas gentes vengan a reemplazar a los ineptos gobernantes de nuestra patria chica, cuando esas gentes—que no las veo por parte alguna—, nos gobiernan, recta y honradamente, dándonos cuenta de los intereses que, a título de administradores nuestros les hemos conferido: cuando en las esquinas y plazas públicas, se levanten tribunas que iluminen nuestras conciencias, cuando la luz, en fin, reemplace a la sombra, y la vida, a la muerte entonces nuestras costumbres serán puras, porque limpio y puro será el claro sol de Libertad que con sus refulgentes rayos, iluminará nuestros hoy ofuscados cerebros. Entonces las negras sombras del mal, habrán desaparecido, y con ellas, todas las injusticias, todos los privilegios, todos las tiranías... Entonces los virgitanos, rotas ya sus cadenas, correrán, alegremente, en grupo bullicioso, a unirse a otros ciudadanos, libres como ellos; y por todas partes habrá movimiento y alegría, satisfacción y entusiasmo.

Todo esto, en la actualidad, fantástico e irrealizable, por el momento, ha de ir surgiendo, no le

quepa duda, aunque muy pausada y trabajosamente. Pero ahí me las den todas, amigo mío. ¿Qué cuándo sucederá? Cuando desaparezca el último tirano de los muchos que hay en la tierra; pues tenga la seguridad que nuestro país es uno de los más refractarios a la redención; y ha de tardar, por consiguiente, largos años en sacudir el yugo que lo afrenta y envilece.

Cuando surjan nuevas generaciones, plétorica de vida y entusiasmo, y con su fuerza portentosa, barran el cieno que nos rodea entonces los amantes de la patria, acudirán, presurosos, para ayudar a la santa obra de la redención. Desde este momento, Berja, vivificada por los vientos de la libertad del progreso, estará capacitada para nombrar sus Ediles, los cuales, responderán de sus gestiones, como tales administradores y representantes: establecerá sus leyes, aplicándolas con absoluta igualdad; confeccionará su presupuesto, con arreglo a sus necesidades, pagando sus soldadas a los empleados que honradamente las ganan, distribuyendo el sobrante, si lo hubiere, en embellecer la población; en obras públicas, en beneficencia, etc., etc.

¡Qué alegría, amigo mío! ¿No siente usted, por ventura el nectar

vivificador? ¡Oh... si fuera verdad tanta belleza, cuán dichosos seríamos!

Para un pueblo como este, educado y conocedor de su derecho, todo me parecería poco, y lo que hoy miro con glacial indiferencia, sería entonces lugar sagrado de veneración, dando en su holocausto, cuanto bienestar fuviera.

Mas volvamos a la realidad y no soñemos con quiméricas ilusiones. Relajadas, en sumo grado, nuestras costumbres, pisoteado el derecho y escarnecida la justicia; ¿qué procede hacer aquí? ¿Qué merece el pueblo que pacientemente toiera todo esto? Con este inconsciente proceder, ¿qué quiere usted que yo hiciera en el inverosímil caso de considerarme capacitado para ello.

Discrepo, pues, amigo mío de su noble parecer; no puedo participar de sus ideas porque entiendo que el país que no es susceptible de mejora, no es digno de vivir. Si no adelanta en su camino, ¿para qué camina? Si no progresa en su viaje, ¿para qué viaja?

En resumen, caro amigo: las precedentes consideraciones, unidas a las publicadas en mi anterior trabajo confirman mi opinión, respecto a Berja. Y lo que allí dije, es lo menos que aquí puedo decir.

tipo perfecto de todas las buenas y malas calidades de su raza, que hubiera hecho vacilar la balanza del triunfo, en la épica empresa de la Conquista de Granada, a no haber tenido enfrente a otra mujer mucho más grande, con la cual era imposible sostener ni aún el propósito de lucha.

Los Príncipes Abu Abdalá (Boabdil), y Muley Abu Haxig, habían sido el fruto de aquel matrimonio; pero la austeridad de la madre alyaba de su trato a el Rey, que encontró en D^a Isabel de Solís, la ternura y el amor que la sultana era incapaz de sentir.

Esta mujer singular, era hija de Sancho Jimenez, Señor de Beznar, y fué hecha cautiva, en una sangrienta algarada, en la que el señor de Beznar murió. Traslada a Granada y educada entre señoras y princesas árabes, enamoró de tal manera a Muley Hacen, que este la hizo Sultana.

Tímida, dulce, incapaz de abrigar en su corazón rencillos, odios ni pasiones, era la admiración de la Cortz y el contraste más completo de la átanera y rencorosa Aixa.

Llamábase Zoraya, (que en árabe quiere decir Lucero de la mañana) y encendió en el pecho de Muley Hacen una pasión que rayaba en idolatría.

De sus amores nacieron dos hijos: Cid y Nazar.

La vida de Isabel, adorada por todos los que la rodeaban, se deslizaba como un sueño placentero, residiendo en los palacios de la Alhambra, el Generalife o Agua damar, que era el centro de todas las fiestas y regocijos.

Mientras tanto Aixa recluida en sus aposentos de la Alhambra, devoraba su humillación, sintiendo en su corazón el tormento de mil furias.

El cuidado del reino quedó todo en Abul Cacim Venegas, primer ministro y favorito de Muley Hacen, el cual procuró formar un partido alrededor de Zoraya, siendo como ella, de origen cristiano, puesto que era hijo del renegado don Pedro de Venegas.

Agrupáronse alrededor de la joven sultana: Reduan Venegas, hermano de Cacim; su cuñado Cid Hiaya, esposo de Ceti Mariem Venegas; Eben Celim, infante de Almería, padre de Cid Hiaya; El Zagal, hermano del Rey, casado con Equivilla, hija de Aben Celim, y toda esta poderosa e ilustre familia.

En cambio los Abencerrages se unieron a Aixa y juntos conspiraron contra el valido y la favorita.

Al volver derrotado de Alhama el Rey Muley